Domingo XII Tiempo ordinario

Jeremías 20,10-13; Romanos 5,12-15; Mateo 10,26-33

«No tengáis miedo; no hay comparación entre vosotros y los gorriones. Si uno se pone de mi parte ante los hombres, Yo me pondré de su parte ante mi Padre del cielo»

21 junio 2020 P. Carlos Padilla Esteban

«Le pido a Jesús que me permita compartir sus sentimientos. Que me haga humilde y manso, alegre y fiel, compasivo y sencillo. Se lo pido. Quiero sentir en su herida todo lo que Jesús siente»

Cada día me levanto con el deseo de vivir más anclado en Dios, más confiado, más libre. Cada día le vuelvo a decir a Jesús que mi vida es suya, que le pertenezco, que confío en su amor misericordioso y he dejado a un lado los miedos que me atan. Cada día vuelvo a hacerlo convencido de que en algún momento notaré esa libertad interior que tanto sueño. Y todo sin dejar de amar en lo humano. Decía el P. Kentenich: «*El amor de los santos no es heroico porque haya descartado el amor al tú humano y sólo vea y abrace a Dios, no porque haya humillado y profanado al tú humano convirtiéndolo en un 'ello', sino porque la tri-unidad de las almas ha experimentado un desplazamiento de acento. La fijación al yo se ha aflojado, el yo ha pasado a segundo plano, el tú humano y el tú divino, unidos en una bi-unidad peculiarmente misteriosa, se encuentran de tal manera en el centro, que se ve y ama más al hombre en Dios que a Dios en el hombre*»[1]. Me gusta el amor de los santos que no renuncian al amor humano, al apego de los vínculos y logran amar a los hombres en Dios. Esa libertad interior me permite vivir en Dios, vivir como ciudadano del cielo. ¡Cuánto me cuesta! Mi corazón quiere retener al amado, lo amado. Quiere paralizar los pasos cadenciosos de los días que desaparecen en el pasado. Quiere sostener en su puño cerrado el calor del cariño que quiere ser eterno. Temo como un niño la llegada de la noche, la incertidumbre del día siguiente que aún desconozco. Me asusta perder lo que hoy me llena y sentir un vacío que me da punzadas de hambre. Quiero seguir abrazando, sosteniendo, levantando vidas sin dejar de mirar confiado al cielo. ¿Cómo es posible tanto dolor y tanta muerte si me han prometido el cielo aquí en la tierra? Los gritos del Calvario resuenan en mi alma haciéndome ver que no todo es siempre tan perfecto, tan bello, tan lleno de luz como mi alma sueña. Y la oscuridad y las sombras y el pecado lo enturbian todo haciéndome ver que aún no he llegado al cielo. Quisiera yo tener la libertad de los niños o esa santa indiferencia de los santos, para no temer al futuro. Eso significa decir cada día «*Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*» o «*Hágase en mí según tu palabra*» en la voz de María. Quiero inscribir mi corazón en el de Jesús, digo con voz queda. Pero luego, cuando la vida se torna insegura y mis pilares firmes se tambalean, dudo. Quiero sujetar las riendas de mi vida, quiero asirme a ese palo del mástil que gobierna enhiesto mi débil barca. Quiero contener las velas que me llevan donde yo no quiero. Y no es porque esté amando en exceso todo lo humano, porque eso es lo que Dios quiere que haga. Él no busca mi mal, ni desea mi pérdida. Pero aquí en la tierra es todo incompleto. La vida, la felicidad, la paz, la bondad, el deseo. Y yo me aferro con todas mis fuerzas a mi presente feliz pretendiendo eludir todos los males posibles. No suelto la vida, no confío realmente. La imagen que tengo de Dios es la que me facilita dar la vida. Sé que si creo en su misericordia podré confiar más. Si me cuesta descubrir su amor diario y bondadoso, desconfiaré. Pero lo cierto es que no siempre confío en el final feliz de todos mis planes. Y no me dejo hacer por el Dios que lo único que quiere es que sea feliz. No me lo creo. Digo que se haga su voluntad. Le doy un cheque en blanco a María para que pida lo que quiera. Estoy dispuesto a dar la vida entregando como Abrahán en Moriah incluso al hijo de mis entrañas. Sólo si Dios me lo pide. Pero lo hago con la cabeza mientras mi corazón se rebela con ansias. No quiere perder pie en las aguas profundas. No quiere que la barca de mis sueños se hunda en medio de la marejada. Soy tan

[1] King, Herbert, *King Nº 2 El Poder del Amor*

frágil en todos mis amores. Tan humano, tan de carne. Si tuviera mi corazón más anclado en Dios pasearía por la vida sin afanes, sin miedos ni angustias. Enfrentaría las tormentas sin temor. Y sabría que siempre hay un puerto tranquilo cuando vuelve la calma. Me gustaría vivir así el presente, los vínculos, los desafíos de la vida. Me gustaría seguir amando a Dios en los hombres sin querer retenerlos, **sin querer guardármelo todo, sin pretender ser pleno en medio del camino.**

Me gusta mirar mi propio corazón y el corazón de las personas que conozco. Me gusta pensar en todo lo que cabe en el corazón humano. Dolores, alegrías, penas, contrariedades, sueños, rencores, perdones. ¿Qué habita en mi corazón? ¿Tengo el corazón enfermo o está sano? ¿Hay más dolor que alegría, más rencor que gratitud? ¿Es mi corazón un remanso de paz o un mar revuelto en plena tormenta? ¿Es mi corazón ese lugar en el que puedo ser yo mismo, sin miedo? Mi corazón es el que puede salvar mi vida en medio de los caminos. Cuando está sano me salva, cuando está enfermo me hunde. Mi corazón está lleno de amores. De vida y muerte. De grandes contradicciones. Amar duele, el amor siempre me hace sufrir. Cuando amo y me dejo amar todo se complica, y al mismo tiempo gana la vida en belleza. He llegado a pensar con el tiempo que todo depende de cómo mire las cosas. No tengo el corazón sólo para sobrevivir. Mi corazón se apega a la vida, a las personas, muy hondo. Mi corazón muchas veces es altanero y se engríe. Se siente por encima del bien y del mal, está herido. Se endurece para no sufrir, porque el sufrimiento duele. Mi corazón tiene sed de infinito, pero a veces se contenta con pocas cosas, vive en la superficie de la vida. Creo que más bien sobrevive en medio del desierto. Y siente que quizás en otra vida todo será más bello, más pleno, más verdadero. Mi corazón se enamora y desenamora. Se conmueve hasta las lágrimas o permanece inmutable. Mi corazón se apega como un niño en juegos infantiles y ríe en carcajadas casi sin venir a cuento. Mi corazón es posesivo y a la vez generoso. Quiere dar la vida sin esperar nada a cambio mientras que retiene cada segundo que se le escapa. Mi corazón vuela en alas de águila y se desplaza cansino con pasos de gorrión. Mi corazón se llena de soberbia cuando triunfa y vence. Y llora amargamente cada vez que es derrotado. Mi corazón vive de alegrías pequeñas esperando los grandes gozos. Mi corazón corre carreras infinitas y se detiene cansado al borde del camino. Mi corazón tiembla y se enfada con la vida porque siempre espera más de lo que recibe. Mi corazón está herido porque muchas veces quiso mientras que no fue querido. Mi corazón se tambalea y duda porque le asustan los fracasos. Mi corazón es transparente y se oculta por miedo a que los demás vean lo que a él no le gusta de sí mismo. Tengo un corazón pequeño que sueña con ser grande. Un corazón de alturas que se apega a lo finito. Tengo corazón de poeta y alma de navegante, sueños de peregrino. Y al mismo tiempo escribo en prosa las horas de mi día. Mi corazón busca la perfección, pero suele naufragar en lo imperfecto. Mi corazón mira al cielo cada mañana esperando que venga una sombra y lo cubra por entero. Es por todo esto quizás que me gusta tanto mirar el corazón de Jesús. En la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús se me abre una ventana en su corazón herido. Y Jesús me dice: «*Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y Yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón y encontraréis vuestro descanso. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera*». Y me siento tranquilo mientras espero adentrarme en el Corazón de Jesús. Porque allí tengo un sitio. Allí descanso y soy yo mismo sin miedo a una mirada que me juzgue y repruebe. Allí, en ese corazón abierto porque está herido, puedo llegar con mis heridas y ser reconocido como hijo. Allí Jesús me dice que no tiemble porque ya estoy en casa, en su nido. Allí el tiempo no pasa, está detenido. Lo eterno se hace de golpe un instante de paz infinita. Y yo contemplo callado a Jesús y su corazón inmenso. Y creo lo que me dice. Me dice que vaya hasta Él cuando esté cansado y agobiado para encontrar descanso. ¿No estoy acaso así yo hoy lleno de turbación y miedo? Sólo en Él puedo encontrar descanso. En Él parece que mi carga es ligera. ¡Qué paradoja! Yo que sufro tanto con la vida por cosas tan pequeñas. Y Jesús me dice que no tenga miedo. Que descanse a su lado. Que su yugo es muy llevadero. Ese yugo es el que me une a Él para siempre. Bendita comunión. Y entonces confío en que ese amor suyo tan grande me enseñará lo que aún no sé. Porque no soy manso ni humilde de corazón. Y Él precisamente sí que lo es. Es manso cuando tiene que enfrentar la Cruz y el dolor. Es humilde cuando tantos pretenden aclamarlo como rey. Jesús tiene un corazón parecido al mío y a la vez tan diferente. Su corazón no está dividido en buenas intenciones y bajos propósitos. Su corazón no tiene esa llaga de nacimiento que me hace a mí

realizar el mal que quiero evitar a toda costa. Su corazón no está roto, ni enfermo. Aún así mi corazón se parece mucho al suyo. En él hay una semilla de eternidad que tantas veces ignoro. Y al mismo tiempo un deseo de amar hasta lo más profundo de mis entrañas. Ese deseo es el que me mueve hasta darme a aquellos a los que amo. Le pido a Jesús que me permita compartir sus sentimientos. Que me haga humilde y manso, alegre y fiel, compasivo y sencillo, magnánimo y pobre. **Quiero sentir en su herida todo lo que Jesús siente. Paréceme a Él más cada día.**

En la vida resulta muy difícil confiar. Me cuesta confiar en mí, en todo lo que puedo llegar a hacer. Antes de poder confiar tengo que haber experimentado que alguien confiaba en mí. Luego, esa experiencia salvadora, va llenando mi corazón de confianza. Confiar en mí mismo es todo un desafío. Miro mi vida en su fragilidad y me cuesta pensar que soy capaz de cosas grandes. Veo talentos y dones, pero me comparo y salgo perdiendo. Me detengo más bien en mis heridas, en mis defectos, en mis carencias. Me regodeo en mis derrotas convenciéndome de mi poco valor. Y me cuesta apreciar con cierta objetividad algún talento especial que Dios me haya confiado. Confiar en mí es esa misión que me acompañará toda mi vida. Si confío seré capaz de cosas grandes y si no confío me volveré inútil, me paralizaré y nadie logrará convencerme de mi valor. Por mucho que me lo repitan, no les creeré, es mucho más fuerte en mí la experiencia del fracaso. Se graba a fuego y lo cubre todo con su sombra. Aprender a confiar en el don y la tarea que Dios ha sembrado en mi alma es mi camino. Ojalá guarde experiencias de hogar en el alma. Y atesore momentos en los que me haya sentido amado por lo que era, no por lo que hacía. La incondicionalidad del amor me regala la confianza en mí mismo. Podré llegar lejos, alcanzar las metas señaladas, cuando crezca en mí la confianza en todo lo que puedo dar. Y esa confianza es la que me lleva a mirar al cielo. Dios tiende lazos humanos que me arrastran hacia Él. Mis experiencias de hogar en la tierra me llevan al hogar del cielo. En mi hogar me siento amado por lo que soy y tengo fuerzas para emprender cualquier camino. Una persona confiada no teme al futuro, no teme el fracaso. Confía en sus fuerzas. Y lo más importante, llega a confiar en Dios, en el amor de su Padre. Es la experiencia de María: *«El sí de María a la voluntad del Señor es un salto a la oscuridad, confiando en Aquél que todo lo puede»*[2]. Confío en mí mismo y al mismo tiempo desconfío de mis fuerzas. No lo puedo todo solo. Necesito ayuda. Una persona con una sana autoestima sabe pedir ayuda, no teme mostrar su fragilidad, no esconde sus miedos ni sus derrotas. La confianza es un don que recibe de lo alto. No necesita cada día ganar la confianza de nuevo con la aprobación de los demás. Si lo vivo así, no avanzo. Porque siempre habrá alguien que no crea en mí, o no confíe en mi palabra. Habrá personas que me desacrediten. Testigos que hablen mal de mí. Sólo cuando pongo mi confianza en Dios todo cambia. Estaré seguro en sus manos y no temeré el fracaso en términos humanos. Esa confianza que Dios me da es la que me ayuda a confiar en las personas. En Alemania hay un dicho que habla de una realidad: *«La confianza es buena, el control es mejor»*. Me llama la atención la cantidad de veces que lo veo en mi vida. Digo que confío en las personas, pero luego las controlo. Delego tareas y después superviso por si no las hacen bien. Pido que alguien haga algo y después veo si lo ha hecho a mi manera. Permanezco a su espalda vigilando y aconsejando para que lo haga todo según mi forma de ver las cosas. Hay muchas maneras diferentes de hacer las cosas y yo a menudo me creo que la mía es la mejor. La más eficiente, la más rápida, la más correcta. Me equivoco, hay muchos caminos. Es sólo mi forma de hacer las cosas, pero no es la única. Y además, si hacen mal lo que yo les he confiado, ¿es tan grave? Me da miedo que hagan mal las cosas y quiero evitar el desastre. Cuando se trata de mi hijo, su fracaso parece mi propio fracaso como padre. Si soy yo el que está a cargo, me cuesta pensar que el mal resultado obtenido me salpique también a mí como encargado. Por eso con frecuencia me quedo cerca, controlando. No hay nada peor que me confíen algo y luego me controlen a ver si lo hago bien y como ellos quieren. Mejor que lo hagan ellos, pienso. La confianza es un don. Que me abra alguien su alma o sea yo capaz de abrírsela a otra persona es un milagro. Es delicada la confianza como un cristal muy fino, como una tela muy delgada. Cualquier movimiento equivocado, o brusco, la puede romper. Cualquier error, una palabra dicha fuera de tono o de lugar, un gesto ofensivo, el silencio en el momento menos oportuno, o las palabras que debería haber sabido callar. En cualquier caso, lo

[2] Sebastián Prieto Silva, *La espera alegre en la incertidumbre: María, hija de Abraham*

que ha costado años construir puede destruirse en un leve gesto, en un instante nefasto. Un viento, una llama, un susurro. Cualquier cosa basta para quebrar la confianza para siempre. Por eso agradezco de rodillas toda la confianza de los que han abierto su alma ante mí. Me conmueve su apertura y humildad y pido perdón cuando no he tratado con delicadeza y amor ese don tan sagrado. Confiar es muy difícil. Dejar de confiar es lo más fácil. Tengo que cuidar el don cada día, tratarlo como una perla fina en mis manos. Regarlo como una planta en peligro de morir. Me gusta mirar así la vida que Dios me confía. Y creo que me dará la sabiduría para confiar en las personas, aunque me fallen más de una vez. Volveré a creer en ellas después de sus derrotas. **Porque Dios siempre cree en mí aun fallándole repetidas veces.**

No sé por qué con frecuencia tengo miedo. Es una sensación extraña que recorre mi cuerpo. Me hace sentir vulnerable. Si fuera fuerte y estuviera protegido no debería tener miedo nunca. Una canción me lo dice: *«¿Por qué tengo miedo, si nada es imposible para ti?».* Tengo muchos miedos diferentes: miedo a la muerte, miedo a perder lo que amo, miedo a quedarme solo en medio del fracaso. Miedo a la soledad que me hiere con sus garras, miedo al futuro que no controlo en medio de esta pandemia. Miedo a tantos futuribles posibles lejos de mi control. Me asusta la vida con sus miles de variables. Quisiera aprender a vivir con más libertad interior. Además, me da miedo el mundo y los hombres que me amenazan. Hoy Jesús me dice: *«No tengáis miedo a los hombres».* No quiero temer a mis enemigos, a los que me pueden hacer daño. El profeta Jeremías lo explica muy bien: *«Mis amigos acechaban mi traspié. Pero el Señor está conmigo, como fuerte soldado; mis enemigos tropezarán y no podrán conmigo. Cantad al Señor, alabad al Señor, que libró la vida del pobre de manos de los impíos».* Miro a lo alto en medio de mis miedos. Me da miedo el poder del poderoso. La capacidad para hacerme daño que posee el malvado. El odio que despierta mi vida, aunque yo sólo haya querido amar. ¿No le pasó eso mismo a Jesús? Pasó haciendo el bien y lo mataron con odio, con rabia. Era necesario que uno muriera, pensaban. El odio al diferente, al justo, al que es mejor que yo. En ocasiones la envidia conduce al odio. Al deseo de matar a quien no me conviene o me hace sombra. ¿Tengo yo enemigos? No lo sé. Puede que sí. Siempre habrá alguien que no quiera mi bien. La vida es suficientemente dura y yo la hago todavía más complicada con envidias, celos y odios escondidos. De repente deseo lo que el otro tiene. O me comparo con él y veo sus logros, sus ganancias, el reconocimiento y el poder que tiene. Y lo deseo para mí. Sufro y me vuelvo sin darme cuenta en su enemigo. Incluso aunque sea justo. Más rabia me da su aparente bondad, su deseada mansedumbre, su humildad encomiable. Y me lleno de rabia o envidia inconfesables. Porque no puedo reconocer lo que siento muy dentro. Me da miedo hacer daño a otros. Me da miedo el daño provocado por mi envidia. Tengo miedo. Buscan mi caída, desean encontrar mi defecto, mi mácula en mi vida intachable. Yo mismo sé que tengo pecados. Y tal vez me asusta confesarlos. No vaya a ser que me difamen o ventilen al mundo mi mediocridad, y me quede solo. ¡Cuánta pobreza escondida en mi alma pobre! Tengo miedo a los hombres con sus mentiras, con sus rabias, con sus difamaciones, con sus deseos de venganza. Pierdo la paz. El miedo me aleja de los hombres. Temo sus acciones ocultas llenas de maldad. A veces me imagino un mal posible y vivo con miedo. ¿Y si pierdo la fama? ¿Y si me juzgan y condenan? No puede hacerme nada el hombre si lo pienso bien: *«No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma».* Podrán herirme en el cuerpo. Pero el alma permanece intacta. No pueden hacerme daño en el alma si yo no me dejo. Me pueden arrastrar por los caminos. pero mi alma no se corrompe. No se deja llevar. La opinión de los hombres no tiene tanta importancia. No tienen valor su juicio, ni su condena. ¿Por qué me asusto tanto? Es mi vanidad la que me mata. Mi amor propio, mi orgullo desmedido. Quiero triunfar y lograr lo que nadie ha logrado. No me basta con ser el número uno, quiero serlo siempre. El mayor tiempo posible. El miedo de los hombres es expresión de mi pobreza. Me siento muy pequeño temiendo a los hombres. ¿Qué me pueden hacer? Pueden mentir sobre mí, pueden inventar historias o proclamar por el mundo mis pecados. Todo eso sólo contribuirá a que yo crezca en humildad, a que dé valor a lo realmente importante. Dejaré de mendigar amor y cariño al mundo. Aprenderé a vivir con paz en medio de la persecución. No es tan malo. Aceptar la vida como es resulta ser el único camino para tener paz y ser feliz. No dependo de la aprobación de todos. El eco de mi vida entre los hombres no es lo más importante. Me relajo mirando a Jesús. El justo es condenado

injustamente. El inocente es asesinado como si fuera culpable. A menudo, cuando me acusan de algo que no es cierto, o se ríen de mí por un defecto que no creo tener, estallo con furia. No quiero que el mundo sea injusto conmigo. Quiero que sepan esa verdad que me conviene. Me olvido de algo que hoy Jesús me recuerda: «*Nada hay cubierto que no llegue a descubrirse; nada hay escondido que no llegue a saberse*». Si inventan acusaciones falsas, el tiempo pondrá a cada uno en su lugar, aunque yo ya esté en el cielo. Si dicen algo que es mentira y me favorece, el mismo tiempo dejará las cosas claras. Lo oculto saldrá a la luz. ¿Por qué temo entonces que mientan sobre mí y me hagan acusaciones falsas? No es lo importante. También Jesús lo vivió y hoy está vivo, resucitado y conozco la verdad sobre Él. Y lo amo. No quiero vivir con miedo, escondido, protegido, ocultándome con temor de ser acusado. En este tiempo en el que todo quiere saberse me da miedo que inventen mentiras sobre mí. O me acusen de algo que no he hecho y manchen mi fama para siempre. Sé que no es lo importante, pero me cuesta. Lo sé, Jesús me ama y me conoce. Y Él me protegerá siempre. Y si no me veo protegido en la tierra, estaré a salvo en el cielo, seguro. No entro en esa lucha contra el que no quiere mi bien. **Quiero vivir con paz sin protegerme ni defenderme tanto. Miro a Jesús y confío.**

Con frecuencia llego a pensar que el pecado es mucho más poderoso que la gracia. La mancha echa a perder el mantel blanco. Y una pieza de fruta podrida contamina al resto de las frutas del canasto. Es así de radical. Hoy escucho algo que levanta mi ánimo: «*Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, porque todos pecaron. Sin embargo, no hay proporción entre el delito y el don: si por la transgresión de uno murieron todos, mucho más, la gracia otorgada por Dios, el don de la gracia que correspondía a un solo hombre, Jesucristo, sobró para la multitud*». A mí me parece que el pecado lo estropea todo. Es como esa mancha de aceite que se va extendiendo lentamente echando a perder mi ropa, mis cosas, mi vida. Una mancha de aceite que todo lo contamina. Quizá por eso me asusta tanto pecar, caer, ceder. Siento que me alejo de Dios con ese pecado pequeño o grande que me hace daño. Siento que he echado a perder todos mis esfuerzos de pulcritud. Dudo entonces de la misericordia de ese Dios que me dicen que siempre está dispuesto a abrazarme haga lo que haga. Pero yo no soy así y me cuesta proyectar fuera de mí a un Dios tan distinto. ¿Cómo es posible que un Dios todopoderoso mire con complacencia a un hijo que se ha alejado y perdido haciendo el mal y desperdiciando su vida? Creo que cada vez que peco, por omisión o acción, ese Dios todopoderoso me mira con cierta reticencia, dispuesto a exigirme la conversión. No logro controlar el miedo que tengo a presentarle a ese Dios todos mis actos fallidos, mis errores, mis precipitaciones, mis actos negligentes. Pero hoy escucho que la gracia sobreabunda por encima del pecado. El pecado de muchos hombres no vale nada ante la misericordia y la gracia de un solo hombre, Dios y hombre. Tengo claro lo que Jesús dijo cuando llamó a Mateo el publicano: «*No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. Andad, aprended lo que significa misericordia quiero y no sacrificios: que no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores*». Jesús me pide que crea mucho más en el poder infinito y sanador de su misericordia que en la fuerza destructiva de mi pecado. Comenta Juan Antonio Pagola hablando de la misericordia de Jesús: «*La costumbre de Jesús de sentarse a comer con ellos. Es su modo de actuar. Eso escandaliza. Sentarse a la mesa es el gesto más fuerte del profeta de la misericordia. Come sin pedirles penitencia. No guarda distancia. Es amigo de pecadores. No se acerca como maestro de la ley. Ofrece amistad y comunión*». Deseo creer que su amor es más fuerte y su perdón más grande. Que es el profeta de la misericordia que quiere sentarse a comer conmigo. Pero a menudo me veo tratando de limpiar con un paño cualquier mancha en mi conducta. Por miedo al rechazo de ese Dios misericordioso en el que digo creer con tanta fuerza. Quiero pensar hoy que es Jesús quien abre su costado para regalarme una fuerza invencible, un agua pura que todo lo purifica. Una gracia que va a ser más poderosa que cualquiera de mis pecados. Quiero hoy pensar que mi vida no consiste en llevar una vida intachable imposible para el hombre. Porque veo que incluso mi codena y repudio del pecado de otros hombres tiene algo pecaminoso escondido. Me creo yo justificado, y me lleno de vanidad. La soberbia y el orgullo llenan mi alma del veneno de la autosuficiencia. Empiezo a ver que sólo yo y mi forma de hacer las cosas es la correcta. Y los demás viven en el error o en el pecado. Quiero vivir para hacer el bien, y que mi vida pueda ser un testimonio de ese bien que deseo. Me siento pobre y necesitado en mi debilidad. Necesito que Dios salve mi vida. No quiero vivir reprendiendo a los que no actúan como corresponde. Sé que vivir sin

pecar no es posible. Pero sé que sí es posible abrirme a la gracia que me hace mejor persona y más capaz de hacer el bien. Anhelo vivir sin esa tensión del que quiere esquivar a toda costa el precipicio. Quiero vivir con la alegría del que sabe que vive continuamente sosegado en medio del abrazo de su padre. Y se siente no ya justificado sino simplemente amado. Y sabe que la gracia que recibe de lo alto es muy superior a todas sus deficiencias. Y entiende que dejar de hacer lo que hace mal a veces no es posible y otras veces sólo será posible si una fuerza de lo alto viene a iluminar y acompañar todos mis pasos. Me gusta pensar en ese Dios que sale a mi encuentro dispuesto a recibirme cada mañana y dispuesto a olvidar todas mis negaciones. Deseoso de que pueda regalarle todo mi amor, ese pequeño amor que llevo dentro. El arrepentimiento forma parte de mi camino de vida. Vuelvo a empezar una y otra vez después de haber caído. No importa cuantas veces sean. Siempre de nuevo vuelvo a decirle a Jesús que lo quiero por encima de todo. Y mi corazón vuelve a reubicarse mirando el cielo. Necesito su gracia para comprender que Él es mucho más grande y poderoso que todo lo que yo no hago o hago mal. Es Él quien me salva de la tristeza y del pesimismo**. Y llena mi alma de alegría y esperanza. Su perdón me sostiene y llena de paz.**

De nuevo vuelve a decirme hoy Jesús que no tema: *«Temed al que puede destruir con el fuego alma y cuerpo. ¿No se venden un par de gorriones por unos cuartos? Y, sin embargo, ni uno solo cae al suelo sin que lo disponga vuestro Padre. Pues vosotros hasta los cabellos de la cabeza tenéis contados. Por eso, no tengáis miedo; no hay comparación entre vosotros y los gorriones».* Valgo más que un gorrión, valgo más que tantas cosas que parecen realmente valiosas. Dios me ama tanto a mí, y de forma tan personal, que ni un cabello de mi cabeza le pasa desapercibido. Me ama con locura y me pide que no viva con miedo y agobiado pensando en el futuro. Quiere que confíe, que sonría, que lo espere todo de la vida que Él me regala. Esa actitud es la que yo quiero. Sueño con una confianza plena que me permita vivir a la sombra del Altísimo cada momento de mi vida, cobijado en Él. Porque Dios me ama y no quiere que se pierda nada de lo que yo amo, nada de lo que me importa y preocupa. No quiere que me angustie pensando en el futuro. No quiere que viva estresado por no poder controlarlo todo. No es posible controlar cada momento de mi vida. Todo lo que tengo y soy está en las manos de Dios y tantas veces se lo digo: *«Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Aparta de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya».* Deseo que sus planes sean mis planes. Quiero ser un hijo dócil a su lado, un instrumento fácil de manejar para Él que es el Hacedor, el Artesano de mi vida. Yo me resisto a perder todo lo que pretendo retener con manos codiciosas. Y vivo turbado al pensar en un futuro incierto y desconocido que me amenaza con quitármelo todo. ¿Cómo cambiar los caminos que desconozco y no me gustan? ¿Cómo aceptar los contratiempos que más temo y no deseo? Tiemblo en medio de mi noche llena de incertidumbres. Comenta el P. Kentenich: *«El sentimiento primordial del hombre actual es la angustia. Y ese sentimiento debería ser el cobijamiento, la seguridad en Dios»*[3]. Deseo esa seguridad, ese cobijamiento en Dios, en los brazos de ese Padre que me ama con locura y no quiere que se pierda ni un solo cabello de mi cabeza. A Dios le importa todo lo mío, ama mi vida. Esa certeza siempre me alegra. Miro todo lo que vivo y poseo y hago mías las palabras con las que el P. Kentenich expresa su gratitud ante Dios: *«A veces tiemblo de temor. Los sufrimientos que he tenido fueron sólo pequeños cortes que apenas me rasgaron la piel. Las calumnias que circularon sobre mi persona fueron cruces de aire cuyo recuerdo se disipó con el sonido. ¡Qué insignificantes fueron todos los incidentes que me ocurrieron!»*[4]. El Padre mira su vida con esa paz, con esa gratitud. Y en su caso fueron muchos los sufrimientos. Pero me gusta su mirada positiva y llena de esperanza. No se queja, no se queda en lo que perdió, en lo que no logró, en lo que le faltó en cada momento de su vida. Mi agradecimiento y confianza me salvan y levantan cada vez que caigo y dudo. Deseo poseer la actitud de aquel que se abandona en las manos de un Dios bueno y misericordioso. Dios me conduce. Las palabras del P. Kentenich son claras: *«El amor cristiano genuino y personal no implica solamente un importante y hasta necesario enriquecimiento a través del tú amado. Basta con recordar la expresión 'dos corazones y un solo latido'. Sino que, al entregarse desinteresadamente, se encuentran nuevamente a sí mismos, purificados y*

[3] King, Herbert, *King Nº 2 El Poder del Amor*
[4] José Kentenich, *Las fuentes de la alegría sacerdotal*

perfeccionados a un nivel más alto»[5]. La entrega desinteresada a Dios es lo que cuenta. Esa entrega de toda mi vida para que Él la recoja en su seno y me abrace. La conciencia de saberme pequeño y necesitado. La experiencia del niño que se cobija en las manos de su Padre. Todo eso es lo que me salva. Por eso hoy le entrego a Dios mis miedos e inseguridades. Me doy por entero. Esa entrega me purifica por dentro. No tengo nada que temer. Me siento libre en medio de todo lo que amo. **Miro a Dios en mi camino y me abrazo a Él confiado.**

[5] King, Herbert, *King Nº 2 El Poder del Amor*